

SIN FRONTERAS

METÁFORAS PARA ENTENDER LA CRISIS (Y NO VOLVER A REPETIRLA)

Kiko Lorenzo



Diseño: Estudio SM

© 2016, Francisco Javier de Lorenzo Gilsanz
© 2016, PPC, Editorial y Distribuidora, SA
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppcredit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

PRÓLOGO

Escena 1. Me veo obligado a una situación que no experimentaba desde hace muchos años: entrar en una sucursal bancaria. Tengo que pagar una matrícula universitaria para una institución que –y esto es inquietante– carece de un sistema de pago por Internet. Dejemos eso aparte. Al entrar me doy cuenta de que incluso había olvidado el olor inconfundible de los panfletos publicitarios: «¡Su hipoteca al instante!». Olor a mentira. Pero dejemos eso también aparte. Hay cola frente a la ventanilla. Delante de mí está un hombre de unos 40 años y aspecto común. Nada que destacar. Cuando llega su turno, saca dos billetes arrugados del bolsillo y escucho esta conversación:

–Vengo a pagar el recibo de la luz para que no me la corten.

–¿No lo tiene domiciliado? –pregunta el cajero.

–Sí, pero en la cuenta solo hay tres euros.

Y le da dos billetes de veinte euros.

Antes de que me dé tiempo a pensar en cómo se sobrevive –con cuánto frío, con cuánta hambre– con solo cuarenta euros de luz, salta un extraño resorte en mi conciencia: ¿seré un privilegiado y un derrochador por pagar sin pestañear una matrícula universitaria? ¿Habré pasado sin darme cuenta a formar parte de las élites? Dios mío, ¿soy el 1 %?

Escena 2. Washington D.C. Capital del imperio. Quedo a tomar algo con un amigo abogado que trabaja para un *think tank* político.

–Vente a mi club –me dice.

Es el *Chevy Chase Country Club*, un paraíso del deporte, el ocio y los negocios situado en la zona más privilegiada de la capital. Solo con lo que cuestan los coches que veo en el aparcamiento.

miento se podía erradicar el hambre en un país medio de África. El bar, con vistas al hoyo 6, está forrado de caoba. En la esquina se entreabre la puerta de la cocina, y lo que veo me hace tener la impresión de que el lujo termina justo ahí, en la puerta. Solo negros en la cocina. Y fuera, un grupo de hispanos uniformados barre las pistas de tenis para que estén perfectas cuando entren los siguientes jugadores. Son cuatro señoras –trescientos años en total– que esperan sentadas en un banco de madera (¿también de caoba?) vestidas como si fueran a disputar la final de Wimbledon. Me doy cuenta de que en el bar somos todos blancos. O debería decir demasiado blancos.

Escena 3 (y última). Parada del autobús en Pozuelo de Alarcón, en las afueras de Madrid. Es la ciudad más rica y con menos paro de toda España. De cuando en cuando, una señora mayor se queja en voz alta del retraso. Se queja de que este país ya no es lo mismo que antes. Se queja de que está empezando a ver extranjeros. Se queja de «esos políticos nuevos que salen por la tele, que nos van a quitar todo lo que tenemos para dárselo a los sirios».

–Qué asco –dice.

No lo resisto:

–Señora, eso que dice es una barbaridad.

–A la mierda –me dice.

Tres escenas, tres terribles realidades: pobreza, desigualdad e intransigencia. ¿Qué genes separan a los individuos entre quienes tienen compasión por los demás o egoísmo por uno mismo? ¿Qué separa la normalidad de la desesperación? ¿Por qué los ideales más ofuscados del capitalismo tienden a establecer que la pobreza es consecuencia de los errores cometidos por quienes la sufren? ¿Quién nos ha dado derecho a determinar que somos una suma de individuos independientes, preocupados solo por nosotros mismos y a quienes, por tanto, no

se debe molestar con palabras tan subversivas como «solidaridad», «entorno» o, peor aún, «empatía»?

Este es un libro incómodo. Uno tiene la impresión de que el autor lo escribió más por desahogo que por empeño académico. Analiza la pobreza con una asepsia casi matemática, lo cual deja una sensación aún mayor de incompreensión: si conocemos las causas y los efectos, si somos capaces de determinar el origen y la solución, si sabemos cuáles son los peligros estructurales de una economía más obsesionada por el crecimiento que por el reparto de la riqueza, ¿por qué el hombre del banco tiene que sufrir para poder encender la luz de su casa? ¿Por qué quienes nacen en lugares desfavorecidos tienen menos oportunidades educativas? ¿Por qué muchos de quienes han nacido ricos no entienden lo que es no serlo?

Nadie habló de la pobreza cuando el fotógrafo Samuel Aranda publicó en *The New York Times* la imagen de un español buscando comida en un contenedor de basura. Se debatía sobre el daño a la *marca España*. La demagogia de una instantánea. El daño irreparable a nuestra imagen. Pero nadie veía en la foto esa lejana señal de alerta que ahora, años después, es exactamente la misma que este libro detecta: la pobreza está, aunque no quieras verla, a la vuelta de la esquina. A la vuelta de tu esquina. Aceptarla es el único punto de partida para el compromiso personal y para la exigencia de responsabilidades a quienes elegimos para erradicarla. Kiko Lorenzo solo intenta demostrar que la pobreza es algo más que una dificultad económica individual: es un síntoma colectivo de enfermedad ante el que muchos, todavía hoy, parecen extrañamente inmunes.

JAVIER DEL PINO

INTRODUCCIÓN
(O, MEJOR DICHO,
DECLARACIÓN DE INTENCIONES)

Este libro es un despropósito. Así, como suena. O al menos corre un serio riesgo de convertirse en ello.

Dirán los expertos en *marketing* (o incluso cualquier persona con algo de sentido común) que no parece esta la mejor manera de presentarse, pero, en un ejercicio de honestidad con el lector, conviene dejar las cosas claras desde el principio.

Es cierto también que pondré todo mi cuidado para evitar que así sea, pero lo que se pretende es tan complicado que resulta imposible no reconocer el riesgo que estamos asumiendo.

Dos son los motivos principales por los que puede que nuestro nivel de satisfacción al concluir termine siendo más ajustado de lo que pretendíamos. El primero de ellos tiene que ver con fijarnos en algo que parece pertenecer a tiempos pasados: la crisis.

En parte por la saturación experimentada por la propia sociedad tras años escuchando dicho término (y, lo que es peor, padeciendo sus efectos); en parte también porque precisamente ahora se lleva lo contrario: hablar de recuperación, de crecimiento, de generación de empleo... dando por finalizado el proceso y con él todas sus consecuencias.

Aunque depende de cómo se mire, es cierto eso de que la crisis acabó hace tiempo. En su acepción original, el término «crisis» (del latín *crisis*, a su vez del griego *crisis*) hace referencia al nacimiento de una nueva situación que todavía no ha tenido tiempo suficiente como para consolidarse de cara al futuro.

Pues bien, apenas transcurrieron los primeros años desde que dicho período quedara inaugurado oficialmente por Wall

Street y desde que se comenzara a utilizar este término para referirse al nuevo panorama internacional, ya se podían constatar algunos cambios tan profundos y previsiblemente duraderos que seguir hablando de crisis pudiera resultar inapropiado.

Cambios que tienen que ver con el papel al que parece quedar relegado el Estado de bienestar o, desde una perspectiva más amplia, con los pilares (éticos, antropológicos, socioeconómicos...) sobre los que se sustenta nuestro modelo de sociedad y nuestro imaginario colectivo.

Dicho de otra forma, *la crisis nos cambió rápido, pero para siempre*.

El segundo riesgo que tiene este libro es terminar simplificando cuestiones de naturaleza compleja. Fenómenos que ni siquiera desde una disciplina especializada como es la economía, la sociología o la filosofía son fácilmente explicables, pues aglutinan procesos de tal calado que se requiere una apuesta multidisciplinar para alcanzar a comprenderlos.

Hablar de economía sin ser economista parece atrevido. Embarcarse en la tarea de interpretar multitud de factores para elaborar una única explicación, casi seguro que puede parecer reduccionista. Pero hacerlo además de manera que resulte accesible para cualquiera, renunciando en ocasiones a algunos aspectos técnicos con tal de que el resultado sea claramente divulgativo, supone jugar con fuego... en concreto con el de la falta de rigor.

Pues, a pesar de tanto «pero», vamos a intentarlo. Y vamos a hacerlo no por atrevimiento irracional, sino por opción. Porque en el fondo lidiamos a diario con multitud de términos confeccionados para convencer (o incluso para imponer) lógicas que no se comprenden. Porque distanciamos las causas de la *gente de a pie*, pero no les evitamos las consecuencias. Porque si en lugar de recurrir a tanto oscurantismo técnico tuviéramos que tomar decisiones sobre la base de criterios fundamentales (aquellos que nos sirven para ser lo que somos y para intentar ser mejores), probablemente otro gallo nos habría cantado.

El objetivo del libro que tú, lector, tienes entre tus manos es elaborar, de forma sencilla y a partir de metáforas cotidianas, un diagnóstico interpretativo de nuestro modelo social, económico y cultural. Centrado en la última década, como ya hemos dicho, pero sin circunscribirnos exclusivamente a ella, pues las etapas previas y las posteriores tienen mucho que decirnos a la hora de comprender lo sucedido.

Trataremos de abordar el porqué de la crisis y los efectos de la misma, el imaginario colectivo que compartimos y cómo nos posicionamos ante las cuestiones sociales y los posibles retos de futuro...

Y lo haremos con exigencia, pero también con confianza. Sabiéndonos mejores de lo que hemos tenido oportunidad de demostrar, pero pidiéndonos también que cambiemos aquello que nos hizo equivocarnos y que acarreó mucho sufrimiento para miles de personas.

Lo que a partir de este momento vamos a compartir tiene mucho de utopía, pero con una base sólida, real, posible. Porque ya existen lugares en los que se está actuando de otra manera, y porque ya son muchos los que demuestran que, además de pesadillas, podemos aspirar a construir bonitos sueños.

Un último comentario imprescindible que también contribuye a esa idea del despropósito. Por si no fuera bastante, la mayor parte de lo que aquí se cuenta no tiene como único progenitor a quien escribe.

Sin duda alguna somos en función de con quién compartimos; y sabemos lo que otros nos enseñan. Y, en este sentido, me considero deudor de cada una de las personas de las que he aprendido algo de lo que aquí trato de recoger.

Resultaría imposible enumerarlas a todas. Ni siquiera a la mayoría. Pero sirva al menos como expiación de culpa (por terminar firmando yo lo que aprendí de otros) un par de menciones imprescindibles: la primera de ellas, sin duda alguna, remite a las «buenas gentes» de Cáritas y de FOESSA, con quien

cada día han ido cobrando forma todas estas reflexiones. La segunda, a cada una de las personas que sufren las injusticias de un mundo que no estamos sabiendo gestionar.

En ambos casos surgen nombres concretos, proyectos compartidos, apuestas, reflexiones... vida, sobre todo, eso: vida.

A cada uno de vosotros, que sepáis que este libro es vuestro; sois sus verdaderos autores.

UN MODELO DE SOCIEDAD IKEA¹

Un sábado cualquiera por la mañana. Ducha reconfortante, sin prisas. Cereales, fruta y una tostada para *cargar pilas*; y ropa cómoda. Ahora sí, Esther está preparada para hacerse con esas estanterías a las que echó el ojo cuando dejaron en su buzón el catálogo con las novedades de esta temporada. Dispuesta también, aunque tenga que emplear todo el fin de semana, a montarlas ella sola (la ropa cómoda está pensada especialmente para esta fase), para reordenar sus libros y su salón, y sobre todo para «redecorar su vida», tal como señala el anuncio.

Tiene claro lo que quiere, por lo que podría alcanzar su objetivo sin perder mucho tiempo: llegar, buscar la referencia de las estanterías elegidas, recogerlas en el almacén, cargarlas en su coche y... directa a casa.

Pero, como no tiene prisa, seguro que se entretiene echando un ojo a cada rincón de la tienda. Siempre que va termina llevándose más cosas de las que a priori tenía intención de comprar. El buen gusto con el que todo está dispuesto, la origina-

¹ El presente capítulo no pretende realizar una crítica a esta empresa ni un cuestionamiento de su política de negocio; no es este el objetivo. Tan solo hemos recurrido a ella para utilizarla como imagen capaz de resumir algunos aspectos relativos a nuestro modelo social. La utilización de esta metáfora para explicar los valores que sustentan el modelo de sociedad en el que vivimos tiene como único fin remarcar aspectos cotidianos capaces de expresar determinados conceptos que pueden parecer abstractos, pero en realidad no lo son. Traemos, por tanto, como también haremos en el resto de capítulos, un juego de imágenes que nos permita avanzar de forma pedagógica en la consecución de nuestro objetivo.

lidad de algunos productos y la necesidad de recorrer toda la tienda de principio a fin sin duda alguna ayudan a ello. «Estos de IKEA son unos genios –se repite cada vez que se pasea por las distintas secciones–. No son los muebles de mayor calidad, pero son tan bonitos y tan cómodos... y a estos precios... Ya los cambiaré cuando se rompan. O cuando me canse de ellos».

1. De aquellos barro vienen estos lodos

Toda sociedad se asienta sobre determinados pilares que la hacen similar a algunas y diferente a todas las demás. Estos cimientos tienen que ver con sus leyes, sus tradiciones, sus formas de relación, los valores y las creencias compartidas por quienes la integran, los mitos, las convicciones, las maneras de resolver conflictos o de establecer prioridades... Es decir, se trata de una serie de mecanismos que van desde los aspectos más regulados a aquellos que son sobreentendidos y que, aun sin estar recogidos por escrito en ningún lugar, definen cómo actuar en determinadas ocasiones. Es lo que algunos autores han denominado imaginario social (Cornelius Castoriadis, 1975) o imaginario colectivo (Edgar Morin, 2006).

En definitiva, toda sociedad se caracteriza por la intersección de dos ámbitos fundamentales: *cultura* y *valores*. La interrelación de estos dos ámbitos constituye un modelo que genera comportamientos concretos (en ocasiones incluso predecibles), los cuales son el resultado de nuestra forma de comprendernos a nosotros mismos y a los demás, y de comprender la realidad. Evidentemente existe espacio para respuestas individuales, no establecidas; pues, como señala Paulo Freire, «somos seres condicionados, pero no determinados». A pesar de ello, este modelo

construye paradigmas que a su vez generan lógicas de las cuales es difícil aislarse y no dejarse impregnar.

Resultaría muy pretencioso (y a la vez muy proco preciso) tratar de hacer un recorrido histórico que nos sirviera para explicar por qué somos la sociedad que somos. Pero lo cierto es que en la historia moderna de Occidente hay algunos acontecimientos que han dejado una huella imborrable.

Así, podemos remitirnos a la modernidad para hacer referencia a una época de superación de etapas anteriores, la cual se caracteriza, entre otras cosas, por los múltiples cambios experimentados; todos ellos con una aparente dirección concreta: *el progreso*.

En el terreno científico, la *Revolución industrial* conllevó importantísimas mejoras técnicas inimaginables hasta la fecha; en el socio-político, la *Revolución francesa* y la *Declaración de Independencia de los Estados Unidos* se manifiestan como superación de etapas feudales o de la tiranía de algunos regímenes monárquicos; en el civil-antropológico, la *libertad* se erige como un valor incuestionable, y la *política* como un espacio cuya reconquista por parte de la ciudadanía se torna imprescindible.

Asistimos así a la construcción de un momento de apogeo que se ve reforzado durante décadas por procesos posteriores (como, por ejemplo, las nuevas mejoras técnicas propias de la «segunda Revolución industrial»), donde nuestros límites como sociedad serán únicamente aquellos que nosotros mismos establezcamos.

Pero es precisamente en el momento de máxima euforia, aquel en el que como seres humanos nos sentimos capaces de casi todo, cuando Occidente sufre uno de los mayores varapalos de su historia: dos guerras mundiales consecutivas (1914-1918 y 1939-1945) y la proliferación de regímenes políticos totalitarios (nazismo en Alemania, fascismo en Italia, comunismo en URSS...).

De pronto, la utopía soñada hasta entonces se diluye entre millones de muertos, lo que nos obliga a tomar conciencia de

que el ser humano es «capaz de lo mejor y de lo peor». Pasamos de ser reflejo del lema ilustrado «libertad, igualdad y fraternidad» a una situación de desengaño y desconcierto en el que «nada ni nadie (que no sea uno mismo) es digno de confianza». Se produce entonces el paso a una nueva época conocida como posmodernidad, la cual se caracteriza por el desencanto, el miedo al Estado y la desconfianza en el otro.

Así, el nuevo contexto genera lógicas diferentes. Nuevas culturas y distintos valores. Otra percepción del individuo, de sus potencialidades y de sus limitaciones, del papel que quiere, puede o debe desempeñar en la construcción de un proyecto desengañado y, por tanto, necesariamente autosuficiente.

Pero, ¿cuáles son estas lógicas?

A pesar de la dificultad de identificarlas y distinguir las con rigor –vaya el aviso por delante–, en las próximas líneas trataremos de hacer un recorrido por algunos de los paradigmas más característicos de nuestro modelo (social, económico, cultural y político). Arriesgándonos a poner el foco sobre cuestiones que a otros les podrían parecer irrelevantes y descartando algunas que probablemente contarían con un elevado grado de consenso. Estos son los riesgos de cualquier elección.

2. Un modelo de sociedad que cree que «más es siempre igual a mejor»

Si en este preciso momento nos viéramos obligados a interrumpir la escritura de este libro y tuviéramos que concluir con una frase que pudiera tratar de resumir la tesis fundamental del mismo (cosa que probablemente algunos lectores agradecerían), finalizaríamos diciendo algo así como que *la dimensión cultural, la política y la social se han visto excesivamente impregnadas por la economía; y en concreto por la perspectiva más neoliberal de esta.*

Y a partir de ahí háganse todas las deducciones posibles.

La colonización ideológica (y moral) de la economía sobre las demás dimensiones se concreta en diferentes aspectos. El primero de ellos, tal y como señala Elizalde², es que «nuestra visión del mundo está teñida por la ideología de la escasez. Como algunos recursos –los económicos– son escasos y limitados, hemos tendido a ver todos los recursos como limitados y hemos hecho invisibles todos los que son abundantes». Esta sensación de escasez conlleva implícita una única salida: *la obsesión por el crecimiento*.

Crecer, crecer y crecer... ese es el mantra. Si queremos generar empleo, los expertos nos dicen que debemos crecer. Si queremos salir de la crisis también tenemos que crecer. Para reducir la pobreza primero hay que crecer. Y un larguísimo etcétera de mejoras posibles que requieren del crecimiento para hacerse realidad.

El (mito del) crecimiento se ha convertido en paradigma. Y como tal opera en nuestro imaginario. Un imaginario que, como ya hemos dicho, está impregnado de la lógica económica, lo que irremediablemente hace que «más sea igual a mejor, siempre y para todo».

La cantidad sustituye a la calidad. Ambos términos se utilizan como sinónimos, pero únicamente en un solo sentido, pues la calidad casi nunca es tomada como síntoma de cantidad. No importa ni la forma en la que dicho crecimiento se logre ni el uso que se haga del mismo. Lo fundamental es crecer, sin un «cómo» previo y sin un posterior «para qué». Crecer y punto.

Por su parte, son muchos los autores que han demostrado que el paradigma del crecimiento hace aguas cuando es tomado como verdad absoluta. Encontramos fundamentalmente tres líneas argumentales en este sentido, las cuales no son excluyentes entre sí.

² A. ELIZALDE, *Desarrollo humano y ética para la sustentabilidad*. Madrid, PPC, 2005, p. 73.

La *primera* de ellas tiene que ver con la sostenibilidad en términos ecológicos, es decir, con la capacidad del planeta y de sus recursos. En este sentido, existen múltiples propuestas teóricas que no solo son críticas con el crecimiento sin límites, sino que propugnan precisamente la necesidad de un modelo basado en el decrecimiento.

El uso de este término se extiende a partir del año 2001, como respuesta al concepto de *desarrollo sostenible*. Autores como Clémentin y Cheynet comenzaron entonces a hablar del decrecimiento sostenible, tratando de enfrentarse a la idea establecida de que es imposible el desarrollo sin crecimiento. Basándose en argumentos como la *ecodependencia* y la *interdependencia* de todo ser humano, la propuesta no solo habla de economía en sentido estricto, sino que se focaliza en no seguir creciendo, en mantener hábitos austeros y en ralentizar el ritmo actual de expolio de la naturaleza. Por eso el decrecimiento se vincula habitualmente a otras propuestas como son la *economía del bien común*, el *Slow Movement* y la *renta básica de ciudadanía*.

Por su parte, la *segunda* línea argumental hace referencia a la relación entre crecimiento y desarrollo social, la cual en multitud de ocasiones se plantea como una relación entre conceptos sinónimos, cuando obviamente no lo son. Las diferencias se aprecian, por ejemplo, cuando analizamos el comportamiento de indicadores como el PIB en relación con el ISEW³. Así, observamos que entre los años 1950 y 2000, en países como Austria, Chile, Suecia, Holanda o Alemania, mientras que el PIB crece de manera prácticamente continuada, el ISEW también lo hace, pero hasta llegar a un punto en el que se invierte esta tendencia, llegando a comprobarse que *a más PIB menos ISEW*; es decir,

³ De sus siglas en inglés: *Index of Sustainable Economic Welfare*. Es un indicador alternativo que, además de los aspectos puramente económicos, comprende otros como son las aportaciones que se hacen a la economía desde el ámbito doméstico o los costes de la degradación medioambiental.

mayor crecimiento puede conllevar consecuencias negativas para el desarrollo (por ejemplo en términos medioambientales).

Más grave todavía resulta cuando ambos conceptos se entienden jerarquizados: o sea, *primero crecer para luego distribuir*. Las últimas crisis internacionales (con gravísimas consecuencias en nuestro país) han mostrado la debilidad de estos planteamientos a través de lo que llamamos el «comportamiento contracíclico» de nuestra economía; es decir, que aquello que se destruye en términos socioeconómicos en épocas de crisis no se reconstruye de forma espontánea en épocas posteriores de crecimiento. Más bien al contrario, lo que hace es fijar el punto de partida para la siguiente época recesiva.

El crecimiento económico no resuelve por sí mismo los problemas sociales. Requiere de acciones y de políticas concretas dirigidas a la cohesión y el desarrollo social. Así lo han señalado multitud de académicos a lo largo de las últimas décadas.

Incluso, desde otros ámbitos, como es el caso de la Conferencia Episcopal Española, la cual lo recogía claramente en su instrucción pastoral *Iglesia, servidora de los pobres*, de abril de 2015: «Parecía que todo crecimiento económico, favorecido por la economía de mercado, lograba por sí mismo mayor inclusión social e igualdad entre todos. Pero esta opinión ha sido desmentida muchas veces por la realidad».

Postergar la puesta en marcha de estas políticas (o, peor aún, debilitar las existentes) en momentos de recesión económica, con la excusa de esperar un contexto más oportuno para su impulso, no hace más que *dirigir selectivamente los efectos de la crisis* hacia aquellas personas que se encuentran en situación de vulnerabilidad y sentar las bases para un modelo todavía más precario⁴.

⁴ Autores como García Lizana señalan que no es el crecimiento el que explica la pobreza, sino al contrario, serán los niveles de pobreza alcanzados los que condicionen el posterior comportamiento de nuestra economía. A. GARCÍA LIZANA, *Los límites del crecimiento económico*. Madrid, Cáritas, 2014.

Por último, la *tercera* serie de argumentos centra su mirada en aspectos relativos a la medición del crecimiento, es decir, qué miden y qué obvian indicadores como el PIB. La relación entre la macroeconomía (y sus indicadores) y la economía doméstica no es tan directa como podría suponerse.

Un ejemplo evidente lo encontramos en lo sucedido en nuestro país entre 2000 y 2007, años en los que la economía española se situó a la cabeza de la UE. Afirmaciones como que «nuestra economía está en la Champions League» o que «no nos debe preocupar el precio de la vivienda, pues esta seguirá subiendo» eran el reflejo de una sensación de euforia generada por el incremento del PIB por encima de la media europea y por el hecho de que uno de cada tres empleos creados en la UE-15 fuera en España.

Vivíamos entonces en el mejor escenario posible en términos macroeconómicos. O al menos eso creíamos. No es de extrañar que, en multitud de ocasiones, durante los años posteriores de crisis se haya remitido a entonces como lugar al que regresar; no tanto por nostalgia, sino como solución a lo que estábamos viviendo.

Pero, trascendiendo la perspectiva macro, precisamente en aquellos años encontrábamos otra serie de indicadores que pasaron inadvertidos para la mayoría⁵: el 50 % de la población se encontraba afectado por indicadores de privación material; el 44 % había experimentado episodios puntuales de pobreza relativa; el 51 % estaba afectado por alguno de los indicadores de exclusión social; la diferencia que existía en gasto social con la UE se había incrementado en un momento supuestamente idóneo para fortalecer nuestro sistema de bienestar social...

⁵ En 2008, la Fundación FOESSA publicó un extenso informe en el que advertía de los riesgos que habíamos asumido con nuestro modelo de integración precaria. V. RENES (coord.), *VI Informe FOESSA sobre exclusión y desarrollo social en España*. Madrid, Cáritas, 2008.

Estos datos revelaban que si bien en términos de intensidad la problemática no era excesivamente grave (no hablaban de exclusión extrema o de pobreza severa), en términos de extensión sí lo era, ya que afectaba a casi la mitad de la población. Es decir, vivíamos en un escenario aparentemente «idílico» en el que gran parte de la población acumulaba riesgos potenciales. Los cuales podrían convertirse en problemas de facto en el caso de que se produjera un cambio de ciclo económico.

Y así fue. En septiembre de 2008, Lehman Brothers, cuarto banco de inversión de Estados Unidos, se declaraba en bancarrota, lo que de alguna forma daba el pistoletazo de salida a una crisis de consecuencias nefastas para cientos de miles de personas en nuestro país y millones en el mundo entero.

En apenas unos meses, nuestro sistema de integración precaria quedaba al desnudo después de esconderse durante años tras un PIB inflado a base de un sector productivo frágil (basado en el turismo y la construcción) y claramente especulativo.

¿Qué explicaciones podíamos pedir entonces al PIB acumulado durante años? ¿Qué consuelo encontrábamos en todo el empleo (precario en su mayoría) creado en momentos precedentes? ¿Dónde quedaba el hecho de haber sido referencia económica para el resto de miembros de la UE?

Pero la pregunta más compleja de responder no es ninguna de estas, ya que no nos remite al pasado, sino a cómo afrontar el futuro: al menos, *¿ha servido todo lo sucedido para aprender la lección de cara a los próximos años?*

Podríamos debatir largo y tendido a este respecto; de hecho, en el siguiente capítulo abordaremos algunas cuestiones relacionadas con esta pregunta. En cualquier caso, no nos podrán tachar de ser excesivamente pesimistas si decimos que el aprendizaje ha sido raquítico.

Según los datos ofrecidos, el caso de España ha sido paradigmático a la hora de explicar las diferencias entre crecimiento

y desarrollo. Dicho de forma un tanto tosca, crecimiento y empleo no conllevan necesariamente desarrollo; al menos no lo hacen si no les ponemos apellido, es decir, si no le pedimos al crecimiento que sea integrador y al empleo que sea digno. No es casual que de los cinco millones de puestos de trabajo creados entre 2000 y 2007, tres fueran precarios (débiles en términos de protección y frágiles de cara a soportar los cambios de ciclo económico). La rápida explosión de la crisis en nuestro país se explica en gran medida por ello, es decir, por haber alcanzado elevados niveles de prosperidad asentados sobre pilares claramente quebradizos.

A pesar de todo lo dicho, a día de hoy no es extraño escuchar que la salida de la crisis pase (una vez más) por el crecimiento y generación de empleo. Así, sin más. Dejando para mañana eso que se debería ir construyendo desde hoy mismo. Pues volver a las soluciones del pasado sin duda alguna no hará más que disponernos para una nueva crisis, de la misma forma que los excelentes resultados en términos macroeconómicos de los años anteriores no sirvieron para evitar la que comenzara a finales de 2008.

Pero todo ello parece importar poco, pues más es siempre igual a mejor; o eso dicen.

3. Un modelo de sociedad individualista que olvida la dimensión comunitaria

Pero volvamos al símil con el que habíamos comenzado este capítulo. «Redecora tu vida», dice la publicidad de IKEA. La propuesta no suena mal, admitámoslo. La vida es movimiento, y eso conlleva cambios, incluso cuando nuestras resistencias naturales nos digan que eso de salir de determinadas zonas de confort engendra una sensación de vértigo difícil de reprimir.

Francisco (Kiko) Lorenzo (Madrid, 1972) es doctor en Sociología y diplomado en Trabajo Social. Actualmente coordina el Equipo de Estudios de Cáritas Española y de la Fundación FOESSA.

Cuenta con una larga trayectoria como investigador, habiendo participado en diferentes proyectos sobre pobreza, exclusión, capital social... De ellos cabe destacar la coordinación del *VII Informe FOESSA sobre exclusión y desarrollo social en España* (2014), informe de referencia en nuestro país, en el cual participaron más de noventa investigadores de diferentes universidades.

Como trabajador social cuenta con más de ocho años de experiencia en el ámbito de las drogodependencias y con personas sin hogar.

Vinculado desde hace más de veinticinco años a diferentes entidades sociales, es un convencido de la participación y de la revitalización de la dimensión política-comunitaria. Se declara a sí mismo como un estudioso-ignorante «al que le falta por aprender mucho más de lo que sabe; y casi todo lo que sé se lo he escuchado (o leído) a otros».

A lo largo de los últimos años ha pronunciado multitud de conferencias, ha escrito diversos artículos (técnicos y divulgativos) y su afición a la literatura le ha llevado a publicar una novela (*Ciudad Libertad*. Madrid, Libros Mablaz), un cuento infantil (*Chan y la Luna*. Madrid, San Pablo, 2008) y diversos relatos.

ÍNDICE

PRÓLOGO, de Javier del Pino	5
INTRODUCCIÓN (O, MEJOR DICHO, DECLARACIÓN DE INTENCIONES)	9
1. UN MODELO DE SOCIEDAD IKEA	13
1. De aquellos barros vienen estos lodos	14
2. Un modelo de sociedad que cree que «más es siempre igual a mejor»	16
3. Un modelo de sociedad individualista que olvida la dimensión comunitaria	22
4. Un modelo de sociedad mercantilizada que confunde valor y precio	25
5. Un modelo de sociedad caprichosa que confunde necesidad con deseo	27
6. Un modelo de sociedad hedonista ofuscado con la comodidad	29
7. Un modelo de sociedad superficial que vive bajo la tiranía de la imagen	31
8. Un modelo de sociedad depredadora en el que todo tiene fecha de caducidad	33
2. ¿HA TERMINADO LA CRISIS? LAS CONSECUENCIAS DE UN TERREMOTO	35
1. De nosotros, ¿quién se acuerda?	38
2. ¿Por qué siempre a los mismos?	52
3. ¿Preparados para la próxima crisis?	57

3. DE REPENTE, UN ATASCO EN LA CARRETERA	63
1. Crónica de una muerte anunciada	64
2. Incoherencias, debilidades y preguntas-trampa .	67
4. ¿OPORTUNIDADES? EL CIENTÍFICO QUE DESCUBRIÓ	
LA VACUNA	75
1. Comprender el fenómeno	78
2. Identificar y reconocer a los protagonistas	82
3. Cambiar las lógicas	87
4. Elegir	89
EPÍLOGO, de Víctor Renes	91
BIBLIOGRAFÍA	105

SIN FRONTERAS

1. *Objetivos del Milenio. ¿Se puede acabar con la pobreza?*, PABLO J. MARTÍNEZ OSÉS (2ª ed.)
2. *Inmigrante y ciudadano. Hacia una nueva cultura de la acogida*, EMILIO JOSÉ GÓMEZ CIRIANO / NICOLE FUCHS (3ª ed.)
3. *Por una vida sobria. Del despilfarro de unos pocos a los derechos para todos*, FRANCESCO GESUALDI / CENTRO NUOVO MODELLO DI SVILUPPO
4. *Tercer sector e intervención social. Trayectorias y perspectivas de las organizaciones no gubernamentales de acción social*, FERNANDO FANTOVA
5. *Desarrollo humano y ética de la sostenibilidad*, ANTONIO ELIZALDE
6. *Hacer bien el bien. Voluntarios junto al que sufre*, ARNALDO PANGRAZZI
7. *Acércate al Sur*, FUNDACIÓN ENTRECULTURAS
8. *Pilares para una cultura de la no-violencia*, ALAIN J. RICHARD
9. *Habilidades sociales para voluntarios*, CÉSAR GARCÍA-RINCÓN DE CASTRO
10. *Aquí sí hay quien viva*, EMILIO JOSÉ GÓMEZ CIRIANO
11. *40 años de Justicia y Paz*
12. *Salud y justicia*, JOSÉ CARLOS BERMEJO (ed.)
13. *Mujeres. Gritos de sed, semillas de esperanza*, ROSA MARÍA BELDA MORENO
14. *Travesía. Una experiencia de cooperación en Brasil*, LOLA CAMPOS REBOLLAR
15. *Los hombres leopardo se están extinguiendo*, CHEMA CABALLERO
16. *Humanización y voluntariado*, LUIS A. ARANGUREN GONZALO
17. *Espiritualidad para voluntarios*, JOAQUÍN GARCÍA ROCA

18. *Voluntarios en prisión*, CRISTÓBAL SÁNCHEZ BLESÁ / XAVIER CAÑO TAMAYO
19. *Por una cultura de paz*, JOSÉ CARLOS RODRÍGUEZ SOTO
20. *Lo esencial del voluntariado*, LUIS A. ARANGUREN GONZALO [PPC México]
21. *Indignación. Caminos de transgresión y esperanza*, LUIS A. ARANGUREN GONZALO / JOAQUÍN GARCÍA ROCA / FCO. JAVIER VITORIA CORMENZANA
22. *La sociedad inclusiva: entre el realismo y la audacia*, JOAQUÍN AZAGRA ROS / JOAQUÍN GARCÍA ROCA
23. *Un columpio en el desierto*, M^a ÁNGELES LÓPEZ ROMERO